

EL BÁB: EL PRECURSOR DE BAHÁ'U'LLÁH

En verdad, el opresor ha sacrificado al Bienamado de los mundos, a fin de extinguir la Luz de Dios entre Sus criaturas y privar a la humanidad del torrente de vida celestial de los Días del Señor, el lleno de Gracia, el Bondadoso.

Bahá'u'lláh (Tabla de Ra'ís)

Cuna de la Nueva Revelación

Persia (Irán), cuna de la Revelación bahá'í, ha ocupado un lugar único en la historia del mundo. En los días de su primitiva grandeza era una verdadera soberana entre las naciones, sin rival en cuanto a civilización, poderío y esplendor.

Dio al mundo grandes reyes y notables hombres de Estado, profetas y poetas, filósofos y artistas. Zoroastro, Ciro y Darío, Háfiz y Firdawsí, Sa'dí y Omar Khayam, no son sino algunos de sus célebres hijos. Sus artesanos fueron insuperables en habilidad; sus alfombras, incomparables; sus hojas de acero, sin rival, y su cerámica, famosa en el

mundo entero. En el Cercano y Medio Oriente han quedado huellas de su pasada grandeza.

Pero en los siglos XVIII y XIX Persia había caído en la más deplorable pérdida, su Gobierno estaba corrompido y en desesperada crisis financiera; algunos de sus gobernantes eran débiles; otros, monstruos de crueldad; sus sacerdotes eran fanáticos e intolerantes, y su pueblo, ignorante y supersticioso. La mayoría pertenecía a la secta musulmana shi'í¹, pero había también un gran número de zoroastrianos, judíos y cristianos de sectas diversas y antagónicas. Todos pretendían seguir a sublimes maestros que los habían exhortado a adorar al Dios único y a vivir en amor y unión, pero, a pesar de ello, se rehuían, detestaban y despreciaban unos a otros, considerando impuras a las demás sectas y mirando a sus creyentes como a perros y paganos. La maldición y la excreción se levantaban en todas partes. Era peligroso para un judío o para un zoroastriano caminar por las calles en un día de lluvia, pues, si sus vestidos húmedos tocaban a un musulmán, éste se sentía manchado y el otro podría pagar con su vida la ofensa cometida. Si un musulmán recibía dinero de un judío, de un zoroastriano o de un cristiano, tenía que lavarlo antes de guardarlo en su bolsillo. Si un judío encontraba a su hijo dando un vaso de agua a un mendigo musulmán, arrebatava el vaso de las manos del niño, pues eran maldiciones y no caridad o que merecían los infieles. Los mismos musulmanes estaban divididos en muchas sectas que, con frecuencia, luchaban ferozmente entre ellas. Los zoroastrianos no tomaban gran parte en estas mutuas recriminaciones, pero vivían en comunidades aparte, negándose a asociarse con sus compatriotas de otras religiones.

Las relaciones sociales, así como los asuntos religiosos, se hallaban en irremediable decadencia. La educación estaba descuidada. La ciencia y el arte occidentales eran vistos como impuros y contrarios a la religión. La justicia era burlada. El robo y el pillaje eran hechos corrientes. Los

¹ Una de las dos grandes sectas - sh'í y sunní - en las que se dividió el islam poco después de la muerte de Muhammad. Los shi'ís pretenden que 'Alí, el yerno de Muhammad, fue el primer sucesor legítimo del Profeta, y que sólo sus descendentes son los legítimos califas.

caminos eran malos y peligrosos para viajar. La higiene era terriblemente defectuosa.

Pero, a pesar de todo esto, la luz de vida espiritual no se había extinguido en Persia. Acá y allá, entre la frivolidad y la superstición, se podían aún encontrar algunas almas santas y más de un corazón sentía el anhelo de Dios, como lo sentían los corazones de Ana y Simeón antes del advenimiento de Jesús. Muchos esperaban ardientemente la llegada de un prometido Mensajero de Dios y confiaban en que el tiempo de Su advenimiento ya hubiera llegado. Tal era el estado de cosas en Persia cuando el Báb, el Heraldo de una nueva era, conmovió al país entero con Su Mensaje.

Primeros Años

Mírzá 'Alí Muhammad, Quien más tarde adoptó el título de Báb (Puerta), nació en Shíráz, en el sur de Persia, el 20 de octubre de 1819 d.C. Era un siyyid, es decir, descendiente del Profeta Muhammad. Su padre, un comerciante muy conocido, murió poco después de Su nacimiento, siendo entonces confiado a la custodia de un tío materno, comerciante de Shíráz, quien lo crió. En Su niñez aprendió a leer y recibió la acostumbrada educación elemental del niño. A la edad de quince años entró en el comercio, primero con Su tutor y más tarde con otro tío que vivía en Búshihir, en la ribera del Golfo Pérsico.

En Su juventud se distinguió por Su gran belleza física y Sus simpáticas maneras, así como por Su excepcional piedad y carácter. Era firme en Su cumplimiento de las oraciones, ayunos y otras ordenanzas de la religión islámica.

No obedecía la letra, sino que vivía en el espíritu de las ordenanzas del Profeta. Se casó a los veintidós años de edad. De ese matrimonio nació un hijo que murió siendo niño, en el primer año de la misión pública del Báb.

La Declaración

Al cumplir los veinticinco años, y respondiendo a un orden divina, declaró que “*Dios, el Altísimo, lo había elegido para la posición de Báb*”. Leemos en un libro titulado: “A Traveller’s Narrative” p. 3:

“Lo que Él quería decir con la palabra “Báb” era esto: que Él constituía el conducto de la gracia de un gran Ser todavía oculto detrás del velo de gloria, Quien poseía incontables e infinitas perfecciones, por Cuya voluntad Él actuaba y a Cuyo amor estaba sujeto.”

En aquel entonces, la creencia en la aparición inminente de un Divino Mensajero prevalecía especialmente entre los miembros de una secta conocida como los shaykhíes, y fue a un distinguido sacerdote de esta secta, Mullá Husayn Bushrú’í, a quien primero anunció Su misión. La fecha exacta de esta declaración está dada en el *Bayán*, uno de los escritos del Báb, como: dos horas y once minutos después de la puesta del sol, la víspera del quinto día del mes de Jamádíyu’l-Avval, 1260 d.H. (el 23 de mayo de 1844 d.C.). 'Abdu'l-Bahá nació en el curso de la misma noche, pero no ha sido establecida la hora exacta de Su nacimiento. Después de algunos días de ansiosa investigación y estudio, Mullá Husayn se convenció firmemente de que el Mensajero por tanto tiempo esperado por los shi’íes había verdaderamente aparecido. Su ardiente entusiasmo sobre este descubrimiento fue pronto compartido con varios de sus amigos. Poco después, la mayoría de los shaykhíes habían aceptado al Báb, llegando a ser conocidos como bábís, y en muy corto tiempo la fama del Joven Profeta comenzó a esparcirse como una llama a través de todo el país.
